



EL FEMINISMO LATINOAMERICANO ES UNA APUESTA AL FUTURO

Luciana Peker*

21 de octubre de 2021

Resumen

El pañuelo verde nació en 2003, en un Encuentro de Mujeres en Rosario, en Argentina. Fue elegido porque simboliza la esperanza y la salud. Su origen está en el pañuelo blanco de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, que buscaban a sus hijas y nietos desaparecidos durante la dictadura (1976-1983). Desde 2018, cuando el aborto legal avanzó en el Congreso argentino, se ha constituido una “marea verde” en América Latina. El pañuelo representa la pelea por el derecho a decidir, la autonomía y las maternidades deseadas. Arraiga en la lucha por los derechos humanos, la memoria y la justicia, y se cruzó, durante el exilio, con los feminismos español y francés. Pero hoy los feminismos no solo representan una agenda de derechos y democracia, sino un modo de potenciar la esperanza y apostar a un futuro mejor: una vía para fortalecer, igualar y diversificar democracias más participativas.

El feminismo latinoamericano es una apuesta al futuro

El feminismo latinoamericano pelea contra la violencia hacia las mujeres y por el derecho al aborto legal. Pero no es solo una agenda de género, es mucho más que eso, y no solo en cuanto a sus demandas, sino en la potencia del deseo de cambio. Por eso es, sobre todo, una forma de organizar la pelea por una sociedad más igualitaria, inclusiva y democrática.

En el actual escenario social —dramáticamente enfrentado a su propio colapso por la pandemia— con un mercado cada vez más voraz y menos sensible —y ni siquiera, filántropo, caritativo o solidario— el problema de las enfermedades se encuentra en las sociedades, despojadas en sus recursos y desprovistas de soluciones.

La especulación de los capitales actuales arrasa con la tierra, el aire y el agua, y las enfermedades zoonóticas saltan de animales a seres humanos. El coronavirus no fue una pandemia azarosa, sino el virus que azotó al planeta después de muchas alertas. La desigual distribución de la vacuna entre países desarrollados y subdesarrollados mostró que la desigualdad no incide solo en cuáles son los problemas, sino en cuáles son las salidas a los problemas.

En este contexto global las democracias no alcanzan, pero fuera de las democracias solo hay más autoritarismo. Los feminismos no son solo una parte del rompecabezas que falta, una deuda histórica que necesita recomponerse y seguir avanzando. Son más que una pieza: son una forma de avanzar en rearmar las piezas.

* Periodista y escritora argentina, especializada en género.



Si llevamos la metáfora al ajedrez, el gambito de damas que proponen los movimientos políticos y sociales latinoamericanos no implica solo hacer avanzar a las fichas negras —cuando siempre avanzaron las blancas— y que las damas dejen de estar jaqueadas. No es solo un tablero binario entre varones y mujeres. Es salir de la dualidad como forma de moverse. Es cambiar las reglas de juego.

O sea: no se trata solo de pedir tener más fichas en un mundo que acumula riquezas y distribuye miserias como en un *Monopoly* global. No es pedir que las mujeres que siempre estuvimos relegadas tengamos ahora más acciones ante la escasez de recursos de la desigualdad global. Es, por el contrario, proponer una forma justa de distribución, que tiene como eje la equidad de género, pero que piensa en nuevas formas de distribución de la riqueza, en la biodiversidad del ambiente y en la igualdad de género.

Pero, además, se trata de un proyecto más amplio que la mera reivindicación de derechos para las mujeres, porque el feminismo no es un movimiento con una lógica equivalente a la cosmovisión político partidaria. En ese sentido, es superador a una fuerza política que solo quiere ser elegida para ganar una campaña electoral.

Por supuesto, las ventajas también tienen el doble filo de la vulnerabilidad. La potencia del feminismo como movimiento político es la pasión. Y no se limita solamente a lo que demanda, sino que es una demanda sostenida por el deseo de obtener más derechos.

El deseo no es un componente menor, sino el mayor capital político de un movimiento que generó una revolución del deseo. Si las mujeres y la comunidad LGTTBQ fueron despojadas de la posibilidad de ser protagonistas deseantes de su vida sexual, reducidas a objeto de los demás, lo que les motiva cuando pelean por sus deseos (a terminar con los abusos sexuales, a poder abortar con seguridad, al matrimonio igualitario o a la identidad de género) no es solo conseguir un derecho para sus deseos.

El quid de la cuestión es que pelean con deseo por sus deseos. El gran problema de un mundo en crisis es que la crisis genera desánimo. A mayor dramatismo (¿qué más dramático que el 50% de la población mundial confinada durante, por lo menos, el año 2020 y gran parte de 2021?), menor pasión por generar modificaciones ambientales, económicas y sociales.

La ecuación que trae el feminismo latino no es por una tajada, es por despertar las ganas de cambio en un mundo que, a mayor crisis, genera más desidia, resignación, desánimo o protestas aisladas que se encienden como el fuego, pero se apagan sin poder encarrilar el desánimo o la crítica contra el racismo, la carga tributaria, la universidad arancelada o la falta de libertades individuales.

El principio, entonces, es reconocer al movimiento feminista como motor más que como destino. Por supuesto, si fuera una energía lineal, sería tan sencillo como arrancar un auto para encarrilar la ruta hacia la posibilidad global de no estrellar



aún más un planeta recalentado en su propia ingobernabilidad.

Su fuerza no está en lo que genera, sino en su inspiración potencial para generar esperanzas y expectativas de cambios. Pero su propia fuerza también es su fragilidad. Su forma de organización, en donde las opiniones personales son vitales, apasionadas y no manejables, son su virtud y su alarma.

El movimiento de mujeres es más endeble que otras formas conocidas de organización política (lobbies, corporaciones, sindicatos, etc.) porque la horizontalidad —es un movimiento con alta participación y masividad, donde cada opinión y cada voto cuentan de igual manera entre las diferentes personas— es su potencia, pero también su perdición, si no se puede graduar en su justa medida con formas alternativas de generar referencias sociales, políticas y mediáticas.

El feminismo es la gran revolución del siglo XXI porque es un movimiento en el que la participación es más alta que en las corporaciones conocidas (partidos, sindicatos, empresas, etc.) que ya no despiertan entusiasmo ni ganas de invertir en tiempo, trabajo y esperanzas.

La desilusión de la política genera pocos militantes fervorosos y el fervor lo despiertan las protestas (que irrumpen con fuerza y, en muchos casos, con violencia: ocupan las redes y las conversaciones, pero como una ola alta con mucha espuma, hasta que después baja y llega sin sostenerse a la costa), por lo que la pasión sostenida es un valor en caída.

Ese valor lo tiene el feminismo. Pero ese valor también lo vuelve vulnerable. Si todas podemos opinar, se cotiza alto la opinión, pero se reblandecen los liderazgos que marquen opinión y tendencia cuando avanzan grupos reaccionarios a los progresos de las mujeres (generalmente engarzados con proyectos de ultraderecha que no apelan a la participación ni a los buenos modales para avanzar sin pedir perdón, ni permiso). Y esa diferencia entre espacios participativos y espacios indomables puede hacer la diferencia entre superación y retroceso.

El reparto de representación genera confusión interna, enfrentamiento, caos y, descapitalización y dispersión de un fenómeno que tiene la ventaja de ser convocante, pero que todavía tiene que lograr canalizar la convocatoria sin que su potencialidad se desperdicie.

Pero, si se usan para despertar y no se desperdician en su potencial, los feminismos en este escenario pospandémico no se limitan (solo) a quienes piden que se frene la violencia de género, que se repartan las tareas de cuidado, que se garantice la libertad sexual de las mujeres, o que la diversidad sexual vaya de la mano de la biodiversidad de los recursos naturales.

El movimiento protagonizado por las mujeres —e impulsado especialmente desde Argentina a partir de 2015, con el movimiento “Ni Una Menos”— conforma una agenda de género, sí, pero mucho más que eso, repercute en una forma de construcción ciudadana de manera colectiva, apasionada, ágil, moderna, con transversalidad partidaria, con intersec-



ción de clases y de personas racializadas, con diversidad sexual y con intercambios generacionales.

La manera de disputar leyes, derechos y reclamos despierta deseos y enciende la posibilidad de cambio. Lo más trascendente de los feminismos no son solo los cambios que se piden, ni siquiera los que se consiguen (aunque las victorias incentivan y la posibilidad de reconvertir las derrotas estimulan), sino la voluntad de cambio.

No hay dudas que estamos en un mundo que necesita cambios. Incluso reducir daños (ambientales) es un cambio que hoy queda lejos de las expectativas. Pero la angustia de mirar de frente la incertidumbre, la inseguridad y la injusticia no activa los cambios, por el contrario, los diluye. La pulsión de cambio es el valor central de los feminismos.

La lucha de las mujeres genera mejores democracias en sociedades amenazadas por las crisis económicas, la corrupción y el crimen organizado. Pero, frente a una pandemia que desnuda un colapso ambiental mundial, son mucho más fuertes los lazos que pueden hacerse con otros movimientos sociales globales.

Si las mujeres vivimos mejor en la actualidad que en el pasado y aspiramos a vivir mejor todavía en el futuro, el mejor tiempo para nosotras es el que vendrá. Esa diferencia es la reina de las diferencias políticas hoy en día. Los varones reaccionarios que perdieron un mundo en donde tenían más poder y que ya no pueden recuperar (y no por culpa de las mujeres) quieren volver el tiempo atrás.

Ellos quieren que la vida sea como siempre fue —que es un utopía más imposible que las utopías revolucionarias aunque parezca una consigna conservadora— mientras que nosotras queremos que la vida sea mejor de lo que nunca fue (que todavía es posible) y menos mala de lo que es, y peor de lo que va a ser si no se frena a tiempo el choque entre la ambición y el despojo de recursos.

La lucha es desigual porque tienen el poder y la pulsión de gobernar de quienes han mandado siempre. Pero la esperanza está del lado de quienes arriban al poder y no de quienes solo tienen una idea nostálgica de un poder en decadencia y que solo puede ser ejercido —en un mundo arrasado— por un corto plazo.

Los feminismos apuestan a que la historia del mundo continuará. Y, por lo tanto, todavía vale la pena conservar. Solo el mundo que se piensa habitar es el que se quiere cuidar. La apuesta del feminismo es cuidar, pero sin que eso signifique bajar la cabeza, sino levantarla para ver más allá de lo que —en el presente— la realidad plantea como posible.

¿Por qué la lucha de Argentina es central, no solo para el desarrollo local de las mujeres, sino como forma de motivar al resto de la región para que crea que el cambio todavía es posible y que luchar vale la pena? ¿Por qué desde el Sur se impulsó un feminismo latinoamericano que disputa poder con el poder central del Norte como hegemonía de un mundo que se enferma globalmente y se cura desigualmente?



El feminismo argentino no disputa una porción del reparto de poder en la democracia; el feminismo sube la calidad de la democracia. No pedimos una porción en la torta, mejoramos la cocción, la hacemos más grande para que más personas puedan comer, nutrirse y saborearla, y le ponemos más frutillas al postre.

El nivel de participación ciudadana; el interés en los debates; la calidad académica en la argumentación de contenidos; la participación masiva en las movilizaciones; la audiencia en los canales legislativos donde se discuten las leyes; la creatividad de la narrativa, la literatura, el humor y las formas de plantear los debates; o la invitación a sectores artísticos a sumarse al escenario público, son algunas de las muchas formas de democracia activa que los feminismos han activado. Así sucedió, por ejemplo, en la reivindicación por el aborto legal, seguro y gratuito, encauzada como una “marea verde”, y en los debates legislativos de 2018 (donde la ley tuvo media sanción en la Cámara de Diputados, pero no logró aprobarse) y de 2020, cuando la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) fue sancionada por el Congreso de la Nación.

La democracia es más y mejor democracia si hay feminismos. Pero la democracia no es natural en América Latina, sino una conquista frente a la conquista de las dictaduras que provienen del pecado original de la conquista en 1492. Un mundo que aparece como descubierto, y no como legítimo, y que se descubre deseante cuando solo había sido concebido como el fruto prohibido o el deseo saqueado de las dominadas por parte de los dominantes.

La posición geopolítica de Argentina —al sur del Sur—, su historia, su desgracia con dictaduras y desapariciones, y la resistencia protagónica de las mujeres, madres y abuelas frente a las torturas y muertes de quienes eran considerados subversivos por querer subvertir el orden establecido, la convierten en protagonista de un impulso de los feminismos latinoamericanos.

Argentina es un país con pretensiones de ser mirado como la Europa latinoamericana, por sus fuertes corrientes migratorias españolas, italianas, inglesas, polacas, ucranianas, etc. Por el contrario, no se trata de revalidar el rol distante de lo latinoamericano en Argentina, sino de resaltar que el corazón de la lucha por los derechos humanos —que surge a partir de la dictadura— la convierte en un órgano que irradia sangre rebelde al resto de la región.

No porque es superior, sino porque —al contrario— su único sentido no es reflejarse fuera de sus ríos, sino como parte de un continente sometido, en el siglo XXI, por fenómenos más complejos que el escondite de las urnas.

La raíz de un feminismo popular, democrático, autónomo y no de los que buscan romper (solamente) el techo de cristal —como algunos sectores norteamericanos o europeos, cuyos feminismos sí pueden asimilarse a una agenda de género y no a un movimiento social— nace en la resistencia de las mujeres que tuvieron que enfrentarse a los pozos de los centros clandestinos de detención durante la década de los años setenta.



La lucha de los organismos de derechos humanos —encabezados por mujeres, madres, abuelas e hijas de detenidos y desaparecidas— fue para que la democracia no admitiera asesinatos, desapariciones y torturas. Esa lucha impulsó la gimnasia de una protesta social íntegra y activa. El feminismo masivo no nace de un repollo: nace de la lucha contra la dictadura y por la plena vigencia de los derechos humanos.

La lucha de los organismos de derechos humanos —encabezados por Madres y Abuelas de Plaza de Mayo— generó condiciones para que los asesinatos, detenciones arbitrarias, desapariciones y la represión a la protesta social recibiesen una alta condena social.

Este escenario de democracia participativa, con una alta implicación social y garantías para protestar, abrió la posibilidad de un movimiento feminista fuerte, activo y callejero. La lucha de las mujeres en Argentina no es una historia de la lucha solo por los derechos de las mujeres, sino de las mujeres que lucharon por hacer justicia con sus hijas e hijos, sus madres y nietas.

En otros países de América Latina las salidas de las dictaduras —o de procesos autoritarios— fueron menos claras y con una presencia más fuerte de los efectos del crimen organizado, el narcotráfico, los abusos militares y policiales y los grupos paramilitares al margen del Estado (pero con aval estatal). Esa corrupción generó mayor represión en las protestas, mayor miedo en la ciudadanía y más violencia específica contra las mujeres y personas

integrantes del colectivo de la diversidad sexual.

Por supuesto que las situaciones son complejas y cambiantes. En estos tiempos hay estallidos sociales que no siempre derivan en cambios políticos —como ha pasado en Ecuador, República Dominicana, Puerto Rico, Brasil, Chile y Colombia, por denuncias de corrupción, homofobia, aumentos del metro, reformas tributarias, manejo de la pandemia, etc.—. Y aunque los golpes militares no interrumpen los procesos electorales, las democracias son de baja intensidad y son menos representativas puesto que la capacidad de incidencia de la ciudadanía en las decisiones del poder político es menor.

En 2018, la movilización de un millón de mujeres frente al Congreso de la Nación, en Argentina, para reclamar por la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo —que se ha puesto de ejemplo, incluso, frente a la restricción del aborto a un plazo de solo seis semanas en Texas, que equivale prácticamente a su prohibición— no fue un fenómeno aislado.

Argentina es un país con una gran capacidad de movilización y con garantías democráticas para hacerlo. Por contraste, en 2019 un grupo de chicas en Medellín me contaron que pidieron permiso a las autoridades para poner un pañuelo verde —emblema de la lucha por el derecho al aborto y de lo que ya se conoce como la “marea verde”— a una estatua de Fernando Botero.

Eran apenas un puñado. Pero igual tenían miedo y, aun con permiso, fueron corridas por la policía. El símbolo artístico de las



mujeres con traseros enormes del artista colombiano se escapa de la uniformidad de la delgadez, pero los uniformados no dejan escapar a las chicas que luchan por la autonomía de sus cuerpos.

En Nicaragua, en 2019, llevé 20 libros de *La revolución de las hijas* en la parte bajo cierre de la valija. No me revisaron. Si los veían no me iban a dejar ingresar. En el aeropuerto de Managua las preguntas tardaban más que en ningún otro lugar al que haya llegado a dar una charla. La orden era clara: no salir del hotel y no decir que hacíamos una presentación del libro. Ir a un lugar seguro, no circular y que en las redes nadie dijera nada. Las chicas tenían pañuelos verdes, igual que en Argentina, pero venían de correr por hacer protestas universitarias y de ser corridas por sus compañeros de rebeldías que alegaban —como siempre— que los problemas de las mujeres no eran centrales, sino un problema posterior a que se resuelvan la falta de garantías democráticas.

Ellas y yo hablábamos el mismo idioma, algo más que el castellano: el de las ganas de ser libres, la pelea compartida por salir de la violencia y disfrutar de una sexualidad libre, la preocupación por cómo criar a las hijas y que no se choquen con el machismo en la escuela y la emoción de las hijas cuando las madres no entienden bien qué es eso del feminismo pero les cocinan una torta con un pañuelo verde. El mismo idioma, pero sin libertad.

Así, en las palabras compartidas sin que se pueda compartir la convocatoria, comprendí que el pañuelo verde es hoy una bandera que trasciende fronteras. Que no

nace de casualidad en Argentina, pero que irradia más democracia, aun en los territorios donde la democracia falta. Y que eso no es elevar el ego de una Argentina que no es superior, sino que tiene una responsabilidad más alta con las mujeres latinas.

El pañuelo verde es una contraseña que se convierte en lengua universal y no marca solo una posición frente al aborto legal; dice un idioma universal como cuando, frente a un semáforo, el verde es una señal inequívoca de que ya podemos caminar.

El verde dice que nos cuidamos de lo que no nos cuida nadie, que nos entendemos aunque debatamos, que nuestros problemas sí son centrales, que no tenemos miedo a decir lo que no se puede decir y que además de luchar queremos disfrutar. Pero no es lo mismo sacar el pañuelo verde en todos lados. Porque somos iguales frente a nuestras diferencias. Y porque no es un pañuelo que sale por arte de magia.

¿Cómo reconoces a una persona que no conoces en un bar? Hoy se conoce a quien no se conoce porque se ve su foto de perfil en el chat del teléfono. Las Madres de Plaza de Mayo se reconocieron, en 1977, en un bar, con una contraseña clave: un pañal de tela (en la época en que los pañales no eran descartables, sino que había que lavarnos a mano y secarlos al sol) de cuando sus hijos e hijas eran pequeños.

El pañal se lo colocaron en la cabeza. Se lo ataron al cuello. Y se convirtió en un emblema mundial de la lucha por los derechos humanos. Los pañuelos blancos de las que fueron llamadas *Las locas de Pla-*



za de Mayo, como tituló su libro el escritor francés Jean-Pierre Bousquet.

Las mujeres siempre fueron las locas, las brujas, las irracionales. Pero, en la lucha contra la dictadura militar en Argentina, la maternidad irrumpió desde un lugar novedoso. En las revistas femeninas preguntaban: “¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?”, y orquestaban notas que culpaban de malas madres a las madres que reclamaban la aparición con vida de sus hijas e hijos.

La dictadura militar (1976-1983) desapareció a las y los militantes políticos que querían cambiar el mundo y pedían mayor distribución de la riqueza, boleto estudiantil, reforma agraria (entre otras reivindicaciones) en campos de concentración, a través de tortura y de vuelos de la muerte en donde los cuerpos torturados fueron arrojados al Río de la Plata desde aviones de las Fuerzas Aéreas.

La resistencia más valiente a esa dictadura feroz fue la de las Madres de Plaza de Mayo: las madres de las jóvenes y los jóvenes desaparecidos por la dictadura que no eran notificados ni como vivos, ni presos, ni muertos. Ellas se juntaban a reclamar —a pesar de las amenazas y que algunas de ellas también fueron desaparecidas— frente a la Casa Rosada, la central de gobierno, en la Plaza de Mayo.

Ellas reclamaron memoria, verdad y justicia durante la dictadura y en democracia, y son un emblema mundial de la lucha más valiente, no violenta y comprometida por los derechos humanos. Y, gracias a ellas, Argentina logró un proceso de consolidación de juicios por lesa humanidad

—amenazado ahora por un nuevo negacionismo de derecha— que logró un consenso social de repudio a los métodos de las dictaduras, las desapariciones y los asesinatos emblemáticos en la región y el mundo.

El consenso en torno al lema “Nunca Más” y la no aceptación de la impunidad militar (y la responsabilidad cívica, eclesíástica y empresarial) son hitos en la construcción democrática de Argentina, que encarceló y juzgó a los máximos responsables de la dictadura.

Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo generaron otro fenómeno de filiación política: los hijos e hijas de los desaparecidos que pelean por la justicia para sus madres y padres. Entre las feministas pioneras y más emblemáticas está, por ejemplo, Marta Dillon, integrante de H.I.J.O.S., que fue a buscar a los genocidas para denunciarlos y que escribió el libro *Aparecida* sobre la búsqueda de los huesos de su madre junto con el equipo de Antropología Forense.

La hija que busca sepultar a su madre, la militante juvenil que no baja los brazos cuando no había justicia, y la activista feminista que tiene experiencia en cortar una calle cuando se decide hacer una huelga para protestar por un feminicidio, se cruzan en un cuerpo que se multiplica en muchos cuerpos. Y no es casualidad, es voluntad personal y tradición política.

Los factores posdictadura son muchos más. Otra centralidad en las consecuencias de la persecución política a las militantes de los años setenta es que muchas de ellas se van del país para lograr sobre-



vivir. Y en el exilio se cruzan con un feminismo organizado del que toman muchas de sus consignas políticas.

El cruce entre militancia política tradicional (con interés en cuestionar los privilegios de clase, pero sin foco en las cuestiones de género) y el feminismo, da frutos que empiezan en 1976 y tal vez se consuman en resultados en 2020, con la aprobación de la ley de aborto legal, seguro y gratuito.

Las militantes que lograron huir del país y viajaron, especialmente, a Francia, España, Suecia y México, se van perseguidas por querer redistribuir el ingreso a través de una revolución. Pero vuelven permeadas por el movimiento de liberación francés y otras autoras feministas que reclamaban el derecho al aborto legal, entre otras demandas de autonomía femenina.

Argentina logra una gimnasia de protesta y movilización social que constituye la base para una democracia participativa, movilizadora, atenta, activa y con experiencia en construcción política y activismo ciudadano. Las mujeres, en democracia, se unen para reclamar sus derechos a través de multitudinarios Encuentros de Mujeres que sientan las bases de una forma de reunión popular, masiva, autónoma del Estado, horizontal (sin líderes, donde todas tienen el mismo derecho a voz y voto) y federal (en todas las provincias y no solo en las ciudades centrales).

En definitiva, la lucha contra la dictadura militar, la defensa de los derechos humanos en democracia y el impulso a un feminismo transversal a los distintos partidos políticos generan la plataforma de un

movimiento de mujeres y de la diversidad sexual muy fuerte, masivo, organizado, que hereda y reconstruye formas de movilización ya practicadas contra la impunidad de los genocidios militares y con prácticas europeas que fueron traídas directamente por quienes se vieron obligadas a huir de la dictadura y regresaron con la democracia al país.

Los efectos de la lucha contra el terrorismo de Estado y el fuerte consenso contra las muertes, desapariciones y la criminalización de la protesta social, generan un escenario propicio para que el feminismo se convierta en un movimiento de masas, con una organización precisa y con demandas que pueden ser llevadas a la calle, al Congreso, a la academia, a las librerías y a la televisión.

Del pañuelo blanco nace el pañuelo verde. En un Encuentro de Mujeres, en Rosario, en 2003, la campaña por el aborto legal, seguro y gratuito (cuya precursora es la abogada ya fallecida, Dora Cole-desky, que se convirtió en feminista durante su exilio en Francia) decidió elegir un símbolo identitario de la lucha por la Interrupción Voluntaria del Embarazo.

La psicoanalista pionera de la campaña, Martha Rosenberg, afirma que pensaron un color que no podía ser blanco ni tampoco violeta (el color clásico del feminismo), y así surgió el verde (parecido al del Movimiento Feminista de Liberación - MFL francés) también como símbolo de salud y esperanza.

Pero ese verde de los pañuelos de la lucha por el aborto legal se convirtió en una “marea verde” en 2018 (cuando, con un



millón de jóvenes en la calle, se logró la media sanción en el Congreso de la Nación y se perdió la votación en el Senado) y en una bandera de triunfo el 30 de diciembre de 2020, con la aprobación de la Ley de Interrupción del Embarazo.

Hoy los pañuelos verdes son la bandera simbólica de los feminismos en toda América Latina. Es casi el único signo político surgido en el siglo XXI (que no recuerda viejas luchas, sino que encarna un movimiento vital, presente y con una pulseada por disputar futuro): una bandera transnacional que con su sola presencia —extendido, triangular, en la muñeca, en la cabeza, en el pecho o agitado— dice algo sin que haya que explicar que quiere decir: libertad, autonomía, solidaridad, independencia, goce sexual, freno a la violencia, etc.

“Hoy representa y une el movimiento por el derecho a decidir en toda América Latina”, señalan desde la organización Católicas por el Derecho a Decidir de México, en un posteo en Instagram, del 13 de octubre de 2021, en el que preguntan “¿Qué simboliza el pañuelo verde?” y responden: la lucha por el aborto legal, seguro y gratuito; respeto a los derechos y autonomía de las mujeres y personas con capacidad de gestar; garantía de derecho a decidir, cada persona debe ser libre de decidir lo mejor para sí misma, sin juicios ni estigmas; maternidades deseadas y libres de violencias.

Una bandera que se puede ver en un video de Ricky Martin, en Tik Tok, en las marchas y en la muñeca de una actriz como Jane Fonda. El verde es esperanza y esa

es la disputa central del feminismo: mostrar que todavía luchar vale la pena.



Conclusiones

- El feminismo latino no apela a una tajada, sino a despertar las ganas de cambio en un mundo que, a mayor crisis, genera más desidia, resignación, desánimo o protestas.
- La pasión por el cambio y la horizontalidad con que se organizan los feminismos son su fuerza y su vulnerabilidad. La forma de organización en donde las opiniones personales son vitales, apasionadas y no manejables son su virtud y su alarma.
- El reparto de representación genera confusión interna, enfrentamientos y, en muchos casos, descapitalización y dispersión de un fenómeno que tiene la ventaja de ser convocante pero que tiene que lograr canalizar adecuadamente esa convocatoria para que su potencialidad no se desperdicie.
- El feminismo masivo es heredero y nace de la lucha contra la dictadura y por la plena vigencia de los derechos humanos, del pañuelo blanco nace el verde.
- El pañuelo verde es una bandera que trasciende fronteras, una contraseña que se convierte en lengua universal, que irradia democracia a territorios donde falta, un signo político que con su sola presencia quiere decir: libertad, autonomía, solidaridad, goce sexual, freno a la violencia.



Fundación Carolina, octubre 2021

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26.
Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

https://doi.org/10.33960/AC_25.2021

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)